

CRISTALES EN EL SUELO

Seudónimo: Melquisedec

Hija, me dices que me tuerzo al escribir, que derramo el agua al servirme en un vaso, que no te fías de que baje a la compra porque la semana pasada día fastidié tres huevos de la docena que me encargaste. Te molesta que te acompañe al banco, a lavar el coche, a buscar a los chicos al colegio. Tampoco me dejas que ponga la mesa, tienda la ropa o baje la basura. Me consideras un inútil y me escondes como si yo fuera un pecado.

El otro día te escuché hablar por teléfono con tu hermana y al acabar sentenciaste que este verano las cosas iban a cambiar. Sí, lo sentenciaste y yo era el reo sobre el que iba a recaer una pena, nunca mejor dicho lo de pena.

Esa misma tarde fuiste al centro comercial aunque habías estado la víspera a mirar bañadores para los chicos. Se me partió el alma al verte regresar con esa maleta oscura que dejaste en mi cuarto como si aparcaras un trasto. Me apenó verte pasar hojas del calendario de la cocina casi arrancándolas y que escribieras “Residencia” en la quincena en la que cada año vamos a la playa. Y a partir de ahí me sobrevino una catarata de amarguras. Por ejemplo, que no me hayas contado que llevas unos meses saliendo con un hombre al que tus hijos llaman Billy y que en la última visita le dijeras al médico que convendría que me recetara algo fuerte para calmarme, aunque sabes que lo que me sucede no es debido a falta de relajación.

Hija, yo creo que a pesar de mi enfermedad, todavía sirvo para algo. Fíjate, sé hacer reír a mis nietos: me piden que les dibuje un círculo en un folio y siempre me sale un corazón. Alguna ventaja tenía que haber en esto del Parkinson. La pequeña se lo pasa genial con mis historias de un patito invisible que tiembla en mis manos para avisarme de que tiene frío. Porque el frío hace temblar mucho, sobre todo el frío en el alma. Y también el miedo, querida hija. El miedo a quedarme olvidado, lleno de fármacos, encerrado en esa maleta nueva que parece un ataúd.

Hoy se me ha roto la fotografía en que estamos todos, poco antes de que muriera la pobre mamá. Anoche la dejé un poco torcida y he querido recolocarla, con tan mala suerte de que se me ha caído al suelo. Ya me perdonarás. Cuida no te cortes con los cristales. Yo pagaré el marco nuevo.

Estoy torpe, pero sigo siendo tu padre. No me esquives. No te avergüences de mí. La vida me ha zancadilleado, pero continúo vivo y todavía puedo regalar mucho amor, aunque mis abrazos sean esclavos de este baile que tanto te cuesta aceptar.

Y no, no tengo Alzheimer. No juegues a la Medicina conmigo. Quizás seas tú quien falle de memoria hacia los buenos momentos que hemos pasado, aunque no

seré yo quien te reproche que no puedas compaginar mi nueva realidad con tanto trajín como llevas.

Escribo todo esto en mi diario porque sé que lo curioseas. Estoy bien seguro de ello desde que una noche te oí que comentabas por el móvil -ahora no estáis ni un minuto sin ese cacharro- que tu padre no estaba lelo, que incluso redactaba muy bien. Quizás hablaras con ese Billy y de un proyecto de vivir con él porque, después de decir que era una maravilla que sus hijos y los tuyos se hubiesen hecho tan amigos, añadiste que yo no representaba una carga económica, que con la pensión y con mis ahorros cubría mis gastos y aún me quedaba para dar propina a los nietos.

Sin embargo, no encajo en tus planes. He cometido ese delito no tipificado de envejecer y, por si eso fuera poco, hacerlo con esta enfermedad. Y por eso y por el Parkinson, estoy al margen de tu vida. Pero desde ese margen sigo formando parte de ella. Soy el folio arrugado en la papelera, la hoja caída que ya no regresará a su árbol, el desastre doméstico de unos huevos rotos o los vidrios de una fotografía en el suelo. Soy el trámite en un mostrador helado al otro lado del cual habrán de reconocermee revisar me el grado de Dependencia o de Discapacidad. Soy el obstáculo para progresar, la diana para tus miradas de lástima, para los gestos de cabreo que ya no puedes disimular.

Pero ante todo, hija mía, todavía soy. Soy, con mayúscula. Y por eso seré yo mismo quien prepare esa maleta. Y lo haré sin rencor, con resignación pero con dignidad, y no solo para la quincena de esas vacaciones en las que ya no participaré.

Donaré mis libros a la biblioteca del barrio y vaciaré las estanterías de mis trofeos de guiñote que según tú solo sirven para acumular polvo. Dejaré mi armario libre y me llevaré la chaqueta que me compró tu madre hace ya varios lustros y que no me dejas poner porque dices que con ella parezco un vejestorio abandonado y la gente pensará que no me cuidas.

Y, sobre todo, refugiada en mi diario, irá una copia de esa foto -esa foto en la que estamos todos- y que siempre latirá entre las líneas que, cada vez más temblorosas, son y serán la voz de un ser humano, alguien con derechos.

Solo te pido un poco más de paciencia, hija. Ya, ya sé que tú quieres irte a la playa el día uno, con los chicos y con tu Billy, pero por mucho que insistas a la dirección de ese establecimiento para mayores, hasta el día cuatro no hay plaza para mí, salvo que algún ingresado cause baja inesperadamente. No te enfades si te confieso que te imagino rezando para que alguien pingue las patas. A tu padre aún no puedes engañarlo.

Y, por favor, no digas Centro Residencial como si hablaras de un lugar para disfrutar unas vacaciones. Puedes llamarlo geriátrico, aunque suene más vulgar.